

vía no ha podido digerir, y en el que nada tiene que ver la política, y cuyo argumento consiste en un esclavo del imperio romano que se convierte al cristianismo. Yo autorizé que se estrenara en el «Centro Católico» porque dado el asunto, era el local más apropiado para que allí se representara. Qué culpa tengo yo que la sociedad aquella tratándome como no me merecía me hiciera una ovación tan ruidosa que á V. todavía le duele. Qué culpa tengo yo de que la prensa que de mi obrita se ocupó confirmara la ovación. Le escueze mi pequeño triunfo, pues paciencia. Le duele, pues paciencia. Le mortifica, pues paciencia, y mucha tila.

Y ahora, saque V. consecuencias. Di á un *Centro* que para la cuestión lo mismo es que sea católico, monárquico, carlista, ó republicano una obrita mía para que allí se estrenara. Qué hay de vituperable, que hay de censurable en este acto mío. Para mi nada, completamente nada. Si lo contrario hubiera creído no se hubiera estrenado allí mi obrita. Y es que soy lógico con mi manera de pensar y con mis convicciones, cosa que no le sucede á V.

Pero quiero por un momento que mi acto fuera vituperable, que no lo es, bajo el punto de vista de político.

No iba allí para comerciar con mi ideal; si podía acusármese no era bajo el concepto de abdicar, ni de renegar de mis creencias. Debía usarse la persuasión; debía hacerme entender que yo iba equivocado con aquella manera de obrar. No debía emplearse el ultraje ni comba. tirme á sangre y á fuego sin antes escacharmé. Y además, era mi personalidad sola, la única que sufría las consecuencias y no el partido republicano. No tenía ninguna representación, no ocupaba ningún cargo y, por lo tanto, podía hacer de mí capa un sayo. Si tuviera en aquellos días representación ó cargo político, comprendo la rabia, la ferocidad con que intentó V. atacarme. Porque entonces no era mi personalidad la que sufría las consecuencias sino toda la colectividad que yo representara. Pero en uno y otro caso, si V. tuviera las convicciones democráticas de que hace tanto alarde, y que somos muchos de que ya no nos llamamos á engaño, hubiera observado para conmigo una conducta no tan indigna como la que V. observó. Indigna si, porque V. concejal, periodista aunque averiado, y no sé con que cargo en el comité